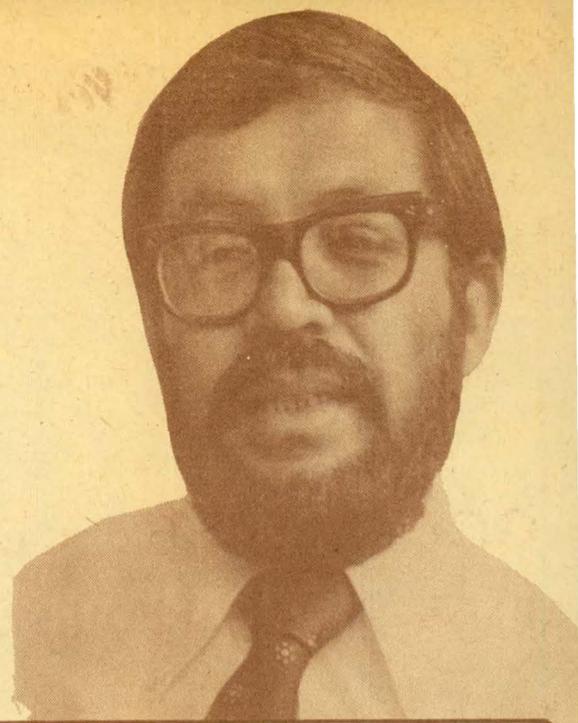


Arnaldo Orfila

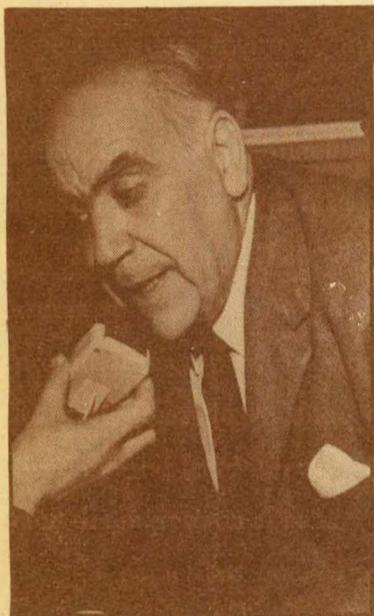
Homenajeado

EL EXILIO HA TENIDO QUE LUCHAR CONTRA UNA XENOFOBIA PRIMITIVA

21 - MARZO - 1980



POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



Arnaldo Orfila... le otorgaron el Águila Azteca.

Don Arnaldo Orfila Reynal fue condecorado con el Águila Azteca, que se otorga a extranjeros vinculados entrañablemente a México. Por más que haya sido un homenaje innecesario, porque personas como el director de Siglo XXI tienen en su tarea su propia, cotidiana recompensa, el acontecimiento reviste por lo menos tres aspectos importantes. En primer lugar, se desfaze un entuerto célebre en la relación entre los intelectuales y el Estado; en segundo término, se honra a alguien nacido fuera de nuestras fronteras y que trabaja entre nosotros en momentos en que repunta un chovinismo agresivo y peligroso; y en tercer lugar, se reconoce una labor editorial que muestra cómo los mecanismos del mercado no tienen por qué estar al servicio de la estupidez necesariamente.

Todo el mundo recuerda la decisión del gobierno de Díaz Ordaz de echar a Orfila del Fondo de Cultura Económica, en 1965. Tengo presente la indignación con que me refirió el hecho don Fernando Solana, el ahora secretario de Educación a cuyo lado trabajaba yo entonces, en la agencia periodística Informac. Don Fernando, que seguramente tuvo un papel preponderante en la decisión de otorgarle a Orfila el Águila Azteca, se convirtió de inmediato en uno de los promotores de la idea de ofrecer al cesado director del Fondo un acto de reivindicación. No es que las personas que se sintieron afectadas por el despido de Orfila creyeran que la dirección de la editora estatal fuese un privilegio eterno de don Arnaldo. Lo que suscitaba la indignación que luego se materializó en apoyo al eminente editor, eran el modo y las circunstancias en que se le solicitó la renuncia. La manera fue una de las arbitrariedades típicas del entonces presidente, que alcanzaría su grado máximo tres años después, y que al año siguiente se manifestaría también en la embestida contra el rector Chávez. Los motivos: que el Fondo publicaba obras imprescindibles en nuestro tiempo y que por fuerza lo mostraban afiliado a las mejores causas de los pueblos pobres, incluido por supuesto el nuestro.

La fórmula conformista según la cual no hay mal que por bien no venga tuvo exacta aplicación en este caso. La cena donde se reunieron con Orfila, para desagraviarlo, medio millar de escritores, investigadores, artistas, gente de trabajo en general, concluyó con una moción que más tarde daría frutos en circunstancias diversas: mediante la cooperación de los presentes y de quienes más tarde se sumaron a la empresa, se constituyó una sociedad mercantil que facilitara a Orfila la continuación de su tarea y prolongara las líneas ideológicas e industriales que en el Fondo se habían puesto en práctica durante casi las dos décadas anteriores. Así nació Siglo XXI, que tuvo su primer domicilio en una casa de la Colonia del Valle que si la memoria no me traiciona fue cedida con la generosidad que es su segunda naturaleza por Elena Poniatowska. El éxito económico de la editorial le permitió, una década después, instalarse en un edificio construido ad hoc en las afueras de Ciudad Universitaria.

La presea a Orfila viene muy bien, decíamos al principio, en

esta época. El exilio centro y sudamericano llegado a nuestro país al impulso de los golpes fascistas que paso a paso fueron destruyendo las precarias o sólidas democracias australes ha tenido que luchar contra una xenofobia primitiva y violenta que acrecienta las dificultades con que naturalmente se enfrenta un desarraigado político. Ciertamente es que no han faltado vivales que al socaire de corrientes políticas han querido, y logrado, engordar la tripa del mal año, haciéndose pasar por víctimas de sus ideas políticas. Pero obviamente son los menos, y sus propios compañeros los conocen y repudian. En general, como ocurrió con el exilio español, que de tan diversos modos benefició y sigue beneficiando a la República mexicana, los refugiados centro y sudamericanos enriquecen con su presencia y sus ganas de trabajo nuestro hacer cultural y productivo.

Ello no obstante, la baba viscosa del rechazo ideológico y nacionalero es vertida aquí y allá y envuelve y ensucia a nuestros huéspedes, que eso son tales ciudadanos de otras latitudes llegados aquí a causa de sus convicciones. Se les malmira, se alega que ocupan plazas de trabajo que debieran ser para mexicanos, se les tiene por sospechosos de permanentes conspiraciones, se les deja en vilo cuando su condición migratoria así lo permite. Y eso no sucede sólo en los ámbitos de trabajo donde se desenvuelven, sino que también es observable en los medios gubernamentales. La Dirección General de Población de la Secretaría de Gobernación, por ejemplo, da constantes pruebas de que, en la actualidad, no considera lo más conveniente para nuestra país el dar un trato adecuado, digno y expedito a los refugiados que se acercaron entre nosotros. Ojalá que el ejemplo del presidente de la República, que tanto se dice es paradigma para sus funcionarios, permee hasta las capas bajas de la administración para que los emigrantes, tengan consideraciones del mismo género, en sus circunstancias, que las dispensadas a ese transterrado argentino que es el director de Siglo XXI.

Esta es una empresa floreciente. Forma parte de la industria cultural, pero no se dedica al puro arte del mercenarismo, del ganar dinero por que sí. La actividad editorial es una porción muy importante de la industria de la conciencia compuesta por los medios de información social y de cultura, pero no está por fuerza sometida a los determinantes de la ideología prevaleciente. Merced a uno de esos raros fenómenos posibles porque las relaciones sociales no se producen mecánicamente, los instrumentos de la enajenación pueden servir a propósitos diametralmente opuestos. Todo está en entrar en la lógica de la dominación para servirse de ella con objetivos contrarios a los que presuntamente le son propios e inescindibles.

Como director del Fondo de Cultura Económica, Orfila contribuyó con el empleo a fondo de esos mecanismos, al hallazgo de una cultura nacional esparcida a públicos crecientes. No puede dudarse que, en un país donde la mitad de la población es analfabeta —ya sea en términos absolutos o funcionales, es decir, la categoría que incluye a los iletrados por desuso— la influencia de una empresa editorial llega sólo a porciones limitadas de la población. Pero en ellas, el trabajo de Orfila ha producido frutos evidentes. Y de largo plazo, además: todavía hoy la literatura mexicana, pese a los traspiés de sus tráfugas, cegados por los reflectores, se encuentra primordialmente en las promociones editoriales de don Arnaldo, o de las editoriales organizadas bajo el influjo, o más aún, a imagen y semejanza del Fondo o de Siglo XXI.

Empresas como Nuestro Tiempo, El Caballito, Era, Nueva Imagen, Premiá, y tantas otras que publican obras de ciencias sociales, tanto básicas como aplicadas, o li- (Segue en la página 70)